

cial proteccion al Obispo, los curas y demás eclesiásticos, con sus dependientes y servidores, y al efecto impedir se les haga algun mal en su persona ó en sus bienes, y que en su consecuencia declare á los gobernadores, magistrados y síndicos del Chablais y del territorio de Ternier, que responderán en su propio y privado nombre de todo el mal que les sea hecho.

15. Por último, que los gobernadores y magistrados procuren la entera observancia de estos artículos, y en lo que concierne á la jurisdiccion eclesiástica presten socorro á los funcionarios de esta jurisdiccion por todas las vias de justicia debidas y razonables, segun las formas de derecho, los edictos y la intencion bien conocida de Su Alteza.

El Duque de Saboya pesó todos estos artículos con madura reflexion, y los aceptó todos con ligeras modificaciones, conforme á los sabios principios que tenia en esta materia, y que hemos espuesto mas arriba (1). En su consecuencia, prohibió en sus estados el ejercicio de la religion protestante, prohibió igualmente á los herejes salir fuera de las fronteras para asistir á las pláticas de los ministros, ausentarse del país por mas de ocho dias, disponer de sus propiedades directa ó indirectamente de un modo provechoso á la herejía, contraer matrimonio, y hacer bautizar ó instruir á sus hijos fuera de la Iglesia católica. Prometió al mismo tiempo impedir bajo penas severas la detencion ó venta de todo libro prohibido, y prescribió á los herejes adultos la asistencia á los sermones católicos; á los niños, la asistencia á la esplicacion del catecismo; á los padres y madres de familia, el enviar á sus hijos, servidores y criados á unas y otras instrucciones. Ordenó además á todos los oficiales de sus estados castigaran ejemplarmente á todo aquel que se apartara directa ó indirectamente de los ejercicios de la religion católica, y

(1) Véanse p. 309 y 310. Consultad aún sobre estas cuestiones á Mr. Gosselin, el abad Pey y Mr. Frayssinous, en los lugares citados, p. 310.

velaran con cuidado por la ejecucion de estas disposiciones. En fin, como complemento de estas útiles medidas, ordenó la institucion de un consejo para velar sobre las costumbres, y reprender los desórdenes que se escapan á la accion de los tribunales y de las leyes, tales como la embriaguez, las disensiones y otros abusos, y estableció que este consejo, compuesto de cierto número de eclesiásticos, de un miembro del ayuntamiento y del gobernador ó primer juez, nombraran censores y celadores, tanto en la ciudad como en el campo, y que pudiera pronunciar sin formacion de causa ó de proceso la pena de prision, de una multa hasta sesenta sueldos, ú otros saludables castigos.

El Príncipe autorizó todos estos decretos con su sello; y despues de tantas bellas obras hechas en favor de la religion católica, regresó al fuerte de Barreaux para apresurar sus fortificaciones.

Francisco, por su parte, agoviado de fatiga á consecuencia de cuatro años y algunos meses de continuos trabajos, se retiró á descansar unos dias al castillo de Sales, á donde llegó con la modestia y sencillez de un hombre que viene de un lugar donde no ha hecho nada notable, abrazando con efusion á su anciano padre de setenta y seis años, á su tierna madre, y á sus hermanos. No es fácil esplicar los sentimientos diversos que inspiró su presencia á esta feliz familia: se gozaban de tenerle á su lado despues de tan larga ausencia; admiraban esa humildad que parecia no sospechar en sí ningun mérito, cuando todas las bocas repetian sus glorias y proclamaban sus alabanzas; pero el sentimiento que dominaba en todos, era una religiosa veneracion á su eminente santidad: se experimentaban al aproximarse á él, como la impresion del espíritu de Dios que estaba en él, y su trato solo embalsamaba el corazon de piedad y virtud, de respeto y de amor. Todo el tiempo que pasó cerca de sus amados padres fué distribuido en cuatro partes: la primera era para la oracion; la segunda para el estudio; la tercera para la santi-

ficacion de su familia, á la que confesaba, dirigia é instrua; la cuarta, en fin, estaba dedicada á inocentes recreos, que consistian en una conversacion dulce ó en un paseo tranquilo.

Entre tanto el Obispo de Ginebra, que habia vuelto ya de Thonon á Annecy, no perdía de vista su proyecto de asociárselo como coadjutor con sucesion futura. Cuantos mas talentos, celo y virtudes le habia visto desplegar en la mision del Chablais, mas deseaba poner en ejecucion el real decreto que le nombraba para esta dignidad, sintiéndose aún mas vivamente solicitado á ello con motivo de un sueño que tuvo por esta época. Fué producido por un pequeño drama á que habia asistido en un colegio, en el que los actores habian hablado de la caza de los lobos cubiertos con pieles de ovejas: se acostó vivamente impresionado con este pensamiento, y durante su sueño le pareció ver una gran cantidad de lobos arrojarse repentinamente sobre sus ovejas; se precipita delante para defenderlas, pero como estaba solo, no era bastante para rechazar aquella manada de animales voraces; á pesar de sus esfuerzos, se veia arrebatar algunas ovejas, y lleno de dolor gritaba: «¡Socorro, socorro!» con una voz lamentable. Su capellan, que dormia en un cuarto encima del suyo, despertado por estos gritos se levanta prontamente, y corre á preguntarle el motivo de su alarma. El Obispo se despierta entonces, todo espantado, y cuenta el sueño que acaba de tener. «¡Ay! añade, demasiado cierto es que mis ovejas están rodeadas de lobos furiosos; agobiado de enfermedades, no tengo bastante fuerza para rechazar tantos enemigos: ¡ah! ¿dónde podré encontrar socorro?» El capellan, para tranquilizarlo, le representó el buen estado de su diócesis, el gran número de excelentes sacerdotes que debian consolarlo, y sobre todo el tesoro que la Providencia le habia dado en el apóstol del Chablais, que sería su coadjutor de nombre y de hecho. «¡Ah, ojalá! exclamó con lágrimas el santo prelado, ¿pero querrá aceptar? ¡Oh hijo mio! ¿Dónde estais? Tened compasion de mis canas.» Ha-

biéndole dejado el capellan sumido en estos pensamientos, pasó el resto de la noche en reflexionar sobre los medios de obtener este consentimiento tan deseado; y así que empezó á rayar el dia, envió á Francisco al castillo de Sales, con orden de que fuera á verle sin dilacion. El santo apóstol llegó, sin sospechar nada, y así que le ve el Obispo, corre á él, le abraza con ternura, lo estrecha contra su corazon, y le insta por todo lo que la amistad tiene de mas tierno y la religion de mas sagrado, acuda en su socorro. «¡Ah! con todo mi corazon,» respondió Francisco, que no comprendia lo que se le queria decir. «Lo que yo os pido,» replicó el Obispo, es que seáis mi coadjutor.» A estas palabras el santo sacerdote baja los ojos, ruborizándose y callando como un hombre lleno de estupor; luego, volviendo de su turbacion: «Monseñor, le dijo, no rehusó el trabajo, pero vuestra bondad hácia mí os engaña; yo no tengo nada de lo que es necesario para esa dignidad. Tenéis en vuestra diócesis sacerdotes que se distinguen por su nacimiento, sus luces, sus virtudes, y que son infinitamente mas capaces que yo para llevar esta carga. Dignaos aceptar mi renuncia.» En vano insistió el Obispo, Francisco dió siempre la misma respuesta, y despues de haberse despedido del prelado, volvió al castillo de Sales (1).

Claudio Granerio, sin desalentarse con una primera tentativa inútil, comunicó su designio á los canónigos de su catedral, lo recomendó á sus oraciones, y se dirigió en persona al castillo de Sales, para dar á la modestia del santo apóstol un nuevo ataque, poniéndose de concierto con toda su familia. Allí puso en juego las instancias del padre, las solicitudes de la madre, los ruegos de todos los parientes: nada pudo vencer la resistencia del hombre de Dios. Mas firme en su proyecto á medida que encontraba mas obstáculos, empeñó á todas las personas de la nobleza y del clero que juzgó capaces de influir en el

(1) Carlos Aug., p. 202 y 203.

espíritu del Prepósito: estas nuevas instancias no tuvieron mejor éxito que las primeras. «Quereis mi mal, les decia »el santo sacerdote, quereis encadenarme con cadenas de »oro, pero siempre serán cadenas. Quereis esponerme al »peligro de las grandezas, pero yo no tengo la humildad »necesaria para no perderme en medio de ellas: tengo mas »vanidad en mi corazon de lo que pensais (1).

En fin; contento por tener una razon para escapar á tantas persecuciones, dejó el castillo de Sales para ir á solicitar del Duque de Saboya un salvo-conducto en favor del coronel Brotty, de Joly y de Desprets, que deseaban dejar á Nyon, donde se habian refugiado, y volver á su patria.

Disgustados de su destierro, y conociendo además la caridad del santo apóstol, le habian escogido para que fuera su medianero cerca del Duque; y llenó tan bien esta comision que les obtuvo un salvo-conducto para volver á sus hogares. De vuelta á Sales, se apresuró á comunicarlo á los desterrados Brotty y sus dos compañeros; en seguida se aprovecharon de él, y poco despues de su vuelta fueron, como recomiendan la política y el reconocimiento, á dar gracias á aquel á quien se lo debian. En esta entrevista, la conversacion se empeñó naturalmente en materias de controversia; Francisco hizo notar á Brotty, en el comentario de Beza sobre el libro de Josué, un lugar del prefacio donde este ministro dice, que despues de Dios es á Calvinó á quien pertenece la gloria de haber inventado la manera de explicar las palabras de la cena: *Este es mi cuerpo*. «Entón-ces, continuó Francisco, ¿no es esto declarar altamente »que Calvinó es el inventor de un dogma desconocido á los »santos Padres y á los mismos apóstoles? ¿No es esto decir »que la doctrina de Calvinó no es apostólica, y por consi- »guiente que no viene de Jesucristo?

El Coronel, muy turbado, replicó, que no siendo teólogo no sabia que responder á esta objecion; pero que pe-

(1) De Cambis, t. I. p. 514.

dia permiso para ir á Ginebra á consultar sobre esto con el ministro La Faye. Francisco le aprobó mucho este viaje, y Brotty partió al instante. Llegado á casa de La Faye, le presentó el libro y el pasaje en cuestion: La Faye, confuso á su vez, no imaginó otro medio de salir de la dificultad, sino decir que Beza se habia engañado, que su frase es muy reprehensible, y que iba á hacerle desaparecer de todos los ejemplares que se encontraran en la librería. Brotty, muy poco contento con esta mala salida, preguntó entón-ces á La Faye, si creia que era posible la salvacion en la Iglesia romana; y habiendo recibido una respuesta afirmativa, pasó á otra cuestion: «¿Qué teneis que contestar á las »pruebas por las cuales el Prepósito establece que la Igle- »sia católica es la única verdadera?» Aquí el ministro solo pudo balbucear algunas palabras insignificantes, sin una razon que tuviese siquiera una apariencia de valor. No fué necesario mas para abrir completamente los ojos á Brotty, el cual volvió prontamente á Thonon y abjuró la herejía. Sus dos compañeros Joly y Desprets, instruidos por el mismo, penetrados á su vez de los motivos poderosos que habian determinado su conversion, imitaron su ejemplo; y el Duque de Saboya, contento con verlos entrar á los tres en la Iglesia romana, los volvió de todo corazon á su gracia (1).

La alegría que proporcionaban á este religioso Príncipe los progresos de la religion católica, fué turbada en esta época por una carta que recibió del rey de Francia. Este monarca le escribia que él entendia que la ciudad de Ginebra estaba comprendida en el tratado de paz de Vervins, y que en su consecuencia el Duque no podia por ningun motivo declararle la guerra.

Esta disposicion de Enrique IV sorprendió al Príncipe y á todos los católicos, afligiéndoles al mismo tiempo: porque el tratado de Vervins no hacia ninguna mencion de esta ciudad, y por otra parte, desarmar así al Duque de

(1) Carlos Aug., p. 195 y 196.

Saboya era autorizar á los Ginebrinos á no restituir los bienes que habian usurpado al obispado y cabildo de Ginebra, ni los baiiages de Gex y de Gaillard de que se habian apoderado; ni las doce parroquias del baiiage de Ternier, que rehusaban volver: lo cual era al mismo tiempo alentarlos á mantener leyes odiosas que regian en su ciudad contra la religion católica.

En situacion tan delicada, el Obispo de Ginebra fué de parecer de enviar el Preósito á Roma para esponer al Papa las consecuencias de este grave negocio, y rogarle escribiera él mismo á Enrique IV, manifestándole que Ginebra no estaba comprendida en el tratado, y que, si queria absolutamente comprenderla, la justicia y la religion reclamaban al hacerlo dos condiciones: la primera, que los Ginebrinos concederian en su ciudad el libre ejercicio del culto católico; la segunda, que restituirian los bienes eclesiásticos, que ellos ó sus antecesores habian injustamente usurpado al Obispo y al cabildo de Ginebra. Al mismo tiempo el Obispo se proponia encargar al Preósito tratase con el Papa otro negocio no menos esencial al bien de la Religion. La orden militar de San Mauricio y San Lázaro no entregaba, á pesar de los decretos del Príncipe y las instancias del Obispo, los beneficios del Chablais, que Gregorio XIII no les habia cedido mas que hasta el restablecimiento de la religion católica en el país; y sin embargo, las rentas de estos beneficios eran absolutamente necesarias para sostener los curas y misioneros. Una bula pontificia, que desposeyese de estos bienes á la orden de los caballeros y los trasladase al Obispo, podia solo hacerlos volver á su verdadero destino, y nadie mejor que el Preósito para tratar este negocio, por lo bien instruido que estaba sobre el estado de las cosas y por su deseo de un feliz éxito.

El Obispo envió á Francisco á Barreaux para conferenciar sobre este viaje con el Duque: este le dió su pleno consentimiento; y, con el fin de facilitar el buen resultado del negocio de los beneficios, le entregó para el soberano

Pontifice el acta en que espresaba su consentimiento para que todos los curatos del Chablais fuesen empleados en sostener á los eclesiásticos encargados de instruir á los pueblos de este país. «Hé aquí, le dijo el Príncipe al entregarle este documento, lo que deseais para los demás; pero pedidme alguna cosa para vos, y vereis la buena voluntad que tengo en concedéroslo.—Suplico á Vuestra Alteza, contestó Francisco haciendo una profunda inclinacion, me escuchéis siempre favorablemente cuando os recomiende los intereses de la Iglesia y de vuestros verdaderos súbditos, los buenos católicos; sus intereses son los míos, y no tengo otros.» (1) Varias personas le incitaban á que se aprovechara del favor del Príncipe; mas nunca pudieron hacerle pedir nada para sus intereses particulares. No quiso siquiera aceptar ninguna cantidad por los gastos que habia hecho durante los cuatro años de su mision en el Chablais, durante los cuales se habia siempre mantenido á sus espensas. El primer magistrado de Angerville, administrador de los beneficios del Chablais y del baiiage de Ternier, le envió en vano por orden del Obispo una libranza sobre el procurador fiscal Claudio Marin, tesorero de estos beneficios: nunca quiso el santo apóstol recibir nada, dejando todo el dinero para sostener á los curas y reparar las iglesias (2). Tanto desinterés edificó al Duque de Saboya, así como á toda su corte, y le confirmó mas y mas en la alta idea que tenia de su virtud. «El Preósito, decia á menudo, es el padre y el apóstol de los pueblos del Chablais; y si Dios dá á su Iglesia cierto número de soldados tan valientes, tan celosos tan desinteresados, la tierra cambiaria de faz: pero no los merecemos.»

Este buen Príncipe, queriendo contribuir cada vez mas al progreso de la religion, dejó en Thonon dos compañías de Suizos católicos para la seguridad de los eclesiásticos

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 12 de noviembre.

(2) Carlos Aug., p. 201.

que evangelizaban el país; dió magníficos y ricos ornamentos á la iglesia de San Hipólito; y despues de haber llenado la provincia del buen olor de sus virtudes, volvió á Turin, llevando consigo la estimacion, el amor y la admiracion de todos los católicos, pero sobre todo de Francisco, que refiere con efusion sus elogios en el prólogo de su *Tratado del amor de Dios* y en su carta al Papa Clemente VIII. «He visto en él en esta ocasion, dice (1), tanta piedad y tantos rasgos de prudencia, de constancia, de magnanimidad, de justicia y de bondad, que..... yo estimo mas lo que hizo este Príncipe entonces en este pequeño rincon de sus estados, que muchas acciones brillantes que algunos elevan hasta el cielo..... Su corazón (2), por una gracia particular, parecia estar en la mano de Dios, para inclinarle á todo lo que queria de él: empleaba todo su talento y fuerzas en solicitar al pueblo para que entrara en el seno de la Iglesia, tanto por avisos dados en particular, como por el ejemplo de sus buenas obras..... Este religioso Príncipe ha llevado con sus propias manos, y si se puede usar esta espresion, todas las piedras para reconstruir en este país el edificio de la Iglesia católica..... Por él, en este país, semejante á una tierra donde la hermosa primavera sucede á un rigoroso invierno, el arbol de la cruz estendió por todas partes sus ramas vivificantes; los cánticos de la Iglesia resonaban en todos lados como la voz de la tórtola, y las viñas renovadas y florecientes derramaban un saludable olor.»

(1) Prefacio del *Tratado del amor de Dios*.

(2) Cart. XLIX, p. 181.

CAPITULO II.

Francisco de Sales consiente en ser coadjutor.—Cae gravemente enfermo.—Recobra la salud, y hace el viaje á Roma.—Sufre allí un exámen público sobre la teología.

(1598 y 1599.)

Antes de hacer partir á Francisco para la ciudad santa, deseaba vivamente el Obispo de Ginebra determinarle á aceptar la coadjutoría que le habia ofrecido hasta entonces sin resultado. Para conseguir esta difícil victoria sobre la humildad del santo apóstol, le envió á su primer limosnero, Pedro Critain, encargándole le entregara los despachos del Duque de Saboya, que le nombraba para aquel puesto, así como una carta del Cardenal de Médicis, que se ofrecía á hacer consentir en el nombramiento al Soberano Pontífice, y le hiciera ver enérgicamente al mismo tiempo, que la conciencia no le permitia prolongar mas su negativa, y que resistir á la voluntad tan manifiesta de sus superiores temporales y espirituales, era resistir á la voluntad de Dios. Habiendo llegado el Sr. de Critain á la tarde al castillo de Sales, no dejó entrever la comision de que estaba encargado, pero al dia siguiente por la mañana propuso á Francisco fuesen á recitar juntos el Oficio bajo el pórtico del castillo; y cuando concluyeron, le preguntó si se imaginaba el motivo de su venida. «Absolutamente, contestó Francisco.—Pues bien, sabed, dijo el Sr. de Critain, que nuestro Obispo me ha enviado para declararos su voluntad espresa de asociaros á él como coadjutor, y recibir vuestra respuesta definitiva. Os ha pedido él mismo vuestro consentimiento; ha hecho que os hablen varias personas; y no ha recibido de vos mas que repulsas repetidas. Está afligido, y debeis, en conciencia, temer obrar contra la voluntad de Dios. Pensadlo pues, y decidme qué respuesta debo darle esta vez.—